

En efecto, estaba arriba, más enamorado, más solícito que nunca, con el corazón oprimido, y dispuesto á desquitarse de todas las alegrías que le habían robado aquella triste semana. La tarde no le trajo sino un desengaño más; los niños, medio dormidos y gruñones, los padres cansados y taciturnos, Norina seria y extraordinariamente severa, en el capítulo de las conveniencias; todo esto formaba un conjunto sin alicientes, y Justino casi se alzó al verse solo.

Evocó en su memoria los dichosos recuerdos de su amor, tratando de recordar los días en que se creyó amado; aquellos felices momentos en que acariciaba con sus manos, las temblorosas manos de su prometida... Pero su memoria rebelde se empeñó en no hacerle ver más que escenas confusas, donde no podía encontrar un solo momento de verdadera dicha.

—Es extraño,—se dijo melancólicamente—se cree uno feliz y no lo es... ¿Lo seré algún día? Temo tener un carácter raro...

## XVIII

El jueves siguiente, hacia las cuatro de la tarde, el contratista, que había hecho ya tres visitas á la familia, desde el domingo, llegó á casa de la señora de Guerbois y le dirigió el siguiente discurso:

—Señora: he tenido el honor de deciros que poseo trescientos mil francos; sería seguramente poco, si sólo contase con eso; porque en esta época no se es rico con doce mil francos de renta.

La señora de Guerbois abrió unos ojos enormes; pero no dijo nada.

Esto no es más que la seguridad contra los acci-

dentes ó las quiebras; pero tengo otros novecientos mil francos en varios negocios, y de aquí á seis meses, espero, ascenderán á un millón y medio: como veis, no juego fuerte y me contento con un beneficio razonable. Tengo treinta y ocho años, es verdad; pero tengo buen pie, buen ojo, hermosos dientes y magnífica salud; no soy malo ni vicioso, y quiero casarme para plantar simiente de gente honrada. ¿Queréis darme vuestra hija?

La señora de Guerbois, que encontró el preámbulo, bastante largo, se contestó con responder:

—Señor mío, vuestra petición nos honra; ¡pero Norina es tan joven! Pensad en la diferencia de edad.

—He pensado en ello, y he visto algunos más viejos que yo, que no han creído hacer una tontería casándose con señoritas muy jóvenes, y además, ¿qué queréis? no puedo quitarme los diez años que me encontráis de más. Por consiguiente es preciso dejármelos.

—Mi hija no tiene un cuarto de dote—repuso Eulalia;—se diría que la hemos sacrificado...

—¡Sacrificado! exclamó el ex albañil riéndose á mandíbula batiente.—Concedédmela y veréis, al cabo de quince días, si la habéis sacrificado; os aconsejo que lo penséis detenidamente. Es demasiado linda para casarse con un pobre; le hace falta fortuna y la tendrá. ¡En fin miradme! ¡me parece que no será digna de lástima!

—Hablaré de ello á mi marido,—dijo la muy pícara fingiendo tristeza;—pero...

—Le hablaré yo mismo—repuso el nuevo enamorado de Norina.

—¡Guardaos bien! No sabríais como hablarle,—exclamó la señora de Guerbois con vivacidad—nos-

otros no somos ricos, pero sí altivos; si mi marido creyese que vuestra fortuna pudiera influir lo más mínimo en las condiciones que nos decidiesen á otorgarnos nuestra hija, deberíais perder toda esperanza de obtenerla.

Luis Duval miró á la que tenía intención de hacer su suegra.

—Tú—pensaba—tienes algún motivo oculto; pero puede que sea bueno, y como no parece que estás mal dispuesta, te complaceré, por esta vez.—Y, en voz alta, dijo:

—No perdáis tiempo; desde que pienso en Norina, estoy desorientado, lo cual me perjudica en mis negocios; por lo tanto, es menester que esto acabe sin tardar. ¿Cuándo me contestaréis?

—Dentro de ocho días.

—¡Bah! ¡Bah! Pasado mañana. Veinticuatro horas para decidir á vuestro marido y otras veinticuatro para que se resuelva la señorita. Del resto me encargo yo.

—No os prometo nada—dijo la prudente madre;—pero volved pasado mañana y tendré, probablemente, noticias que daros. Sobre todo no digáis nada á mi esposo: os aseguro que no lo conocéis.

Con esta seguridad, Duval se retiró bastante tranquilo. Rico, como era, hubiese podido aspirar á una alianza más elevada; pero su buen sentido de aldeano, le decía que en una familia más aristocrática, hubiera pasado por un advenedizo; mientras que escogiendo una mujer de humilde cuna, aparecía como un ser superior.

Hacía ya tres días que la señora Guerbois tuvo sobrado tiempo para meditar sobre la ya esperada proposición; y más de una vez había maldecido de su

loca precipitación, por la cual se veía ahora con el obstáculo de un futuro yerno, como Lignón. ¿De qué modo podría desembarazarse de este majadero?

Conocía el carácter testarudo del ciego enamorado; ¡nunca podía conseguir que soltara su presa! Justino iría á lamentarse públicamente de su dolor, á los sitios en donde esa expansión fuese menos necesaria; y si llegaba á oídos de Duval, podría complicarse la situación, y perjudicar gravemente á los Guerbois.

Después de tener dos prometidos al mismo tiempo, ¿se quedaría Norina sin ninguno? En este caso, la sería muy difícil cazar un tercero.

En su perplejidad, la señora de Guerbois había casi olvidado las dificultades de otro género, que su marido suscitaría, sin duda alguna. El señor Guerbois, era un hombre honrado, no tenía abundancia de ideas, pero sí, una que valía mucho: era esclavo de la palabra empeñada, y aunque había deseado, en su larga vida, una porción de cosas que estaba seguro de no poder conseguir, jamás daba importancia al dinero cuando se trataba del honor.

Royendo estos desagradables pensamientos, la señora de Guerbois se puso el sombrero para ir en busca de su marido á la oficina de las Aguas de la ciudad.

Norina había salido para pasear á sus hermanos, é ignoraría la visita de Duval hasta que su madre no se la comunicase. Se dirigió pues, Eulalia, hacia el despacho de su marido bastante preocupada en cuanto á la forma y perfectamente segura en el fondo.

—Después de todo—se dijo,—si hace falta pelear pelearemos.

Verdaderamente es desagradable; pero el fin justifica los medios.

Al llegar cerca de la Administración de las Aguas,

la señora de Guerbois creyó reconocer una silueta antes permanente en su horizonte, y que hacía bastante tiempo se había eclipsado: la miró más de cerca... el andar negligente, las manos en los bolsillos; era Muriel que hablaba en la puerta con un empleado. ¿Qué iba á hacer allí?

La señora de Guerbois, se acordó que como arquitecto podía tener algo que hacer con la Compañía de las Aguas; recordó también, que aquel muchacho le había parecido siempre práctico y de buen criterio; otra idea muy luminosa, cruzó por su pensamiento. Como arquitecto, debía de saber una porción de cosas relativas á los contratistas.

No olvidó más que un punto; que había besado á su hija. ¿Pero la había besado? Toda esa historia no sería, acaso, invención de los malvados Breteuil? ¡Qué lejos estaban los días en que aquella buena señora regalaba collares de coral! ¡Quién pensaba ahora en coral! Norina tendría diamantes!

—Buenas tardes, señor Muriel—dijo Eulalia.

—¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto!

Muriel no sabía fijamente si el señor Guerbois, inspirado por malos consejos, habría acogido la idea de administrarle algunos puntapiés poco parlamentarios.

Muy agradablemente sorprendido por la dulzura del acento que oía, se volvió con una amable sonrisa y sacó las manos de los bolsillos.

—He estado mucho tiempo en Dieppe—dijo.—Celebro mucho volveros á ver, querida señora. ¿Cómo está toda vuestra familia?

—Buenos, gracias, ¿habéis visto á mi marido?

No—repuso el arquitecto,—he tenido que hacer en otro despacho.

—No añadió que nunca pasaba por delante de la

puerta del señor Guerbois sin una emoción vagamente desagradable.

—Es preciso que vengáis á vernos, nos habéis abandonado completamente.

—Desde que tenéis constante tertulia con la presencia de mi amigo Lignón.

—No tan constante... y además...

La señora de Guerbois exhaló un profundo suspiro, y dirigió á otro lado la mirada.

—¿Cuándo se verificará el enlace?

—¡Oh! aun no está hecho—replicó la madre de Norina.—hay muchos casamientos que se anuncian y no se llevan á cabo. ¡El señor Lignón nos ha ofendido vivamente!

—¿Es posible? dijo Muriel, separando las piernas, á fin de ponerse con más comodidad las manos en los bolsillos.

—Sí, la señora de Breteuil ha tenido con nosotros una falta de delicadeza imperdonable. ¿Sabéis lo que ha pasado?

—No—repuso el arquitecto, con toda sinceridad.

—Había colocado á mi pobre hija en situación de humillante dependencia; hacía de ella, una especie de esclava; en una palabra, Norina no podía hacer el menor gesto sin oírse vivos reproches; y en vista de eso me la he traído.

—Y habéis hecho perfectamente—aprobó Muriel, que en realidad ignoraba lo sucedido desde la brusca partida de Norina.

Peró, cuando un día encontró en la playa á los señores de Breteuil y vió que éstos aparentaban gran distracción, para abstenerse de saludarle, comprendió que no era él ajeno á la marcha de la niña; y, con esa prudencia, más bien adquirida que instintiva, pro-

pia de quienes se hallan á menudo bajo el peso de una afrenta merecida, se mantuvo alejado, evitando todo lo que hubiera podido suscitar una explicación.

—¡Cómo se equivoca uno! —repuso encogiéndose de hombros—esos Breteuil que parecían tan buenas gentes!

Antes eran buenos, pero existe una señora de Anglois con su sobrina y cierto señor Reyer, que no valen lo que la cuerda para ahorcarlos. Ellos son los que lo han echado todo á perder con sus calumnias.

Muriet sacudió la cabeza y los hombros con aire de conmiseración.

—¡Hay que vivir para ver!—dijo Eulalia muy persuadida,—nosotros no estamos enfadados, ¿verdad?

—No había por qué—dijo galantemente el arquitecto.

—A propósito, hemos encontrado á un antiguo amigo de la familia, Luis Duval, contratista de obras. ¿Lo conocéis?

—¿Duval? ¡Ya lo creo!

—¿Buena casa?

—Excelente!—¿Estáis bien con él?

—¡Muy bien!

—Deberais ponernos en contacto; tengo algo que proponerle, busco un socio.

La señora de Guerbois lo miró atentamente.

—¿Lo necesitáis?—dijo con lentitud.

—Los arquitectos necesitamos siempre á los contratistas.

—Pues bien, acompañadme, mi marido volverá solo.

Le ofreció el brazo y los dos llegaron sin darse prisa á la casa patriarcal de los Guerbois. Antes de penetrar en ella, Muriet había dado tan buenos conse-

jos á su amiga, que el asunto parecía seguro, y se separaron lo más cordialmente del mundo.

—¡Casada con un contratista!—se dijo,—pues entonces el universo es nuestro!

Estaba tan contento que dió una serie de brincos con gran admiración de los transeuntes; después, volvió á tomar su apariencia de hombre grave.

Cuando Justino se presentó aquella misma tarde en casa de sus futuros suegros, encontró solas á las dos mujeres. El señor Guerbois, después de comer de prisa había ido al teatro con una entrada de favor regalada á su esposa por la mano tutelar de Muriet, el cual tenía siempre á disposición de las señoras conocidas, billetes de esa clase, mendigados á algún amigo; el sacrificio no lo hacía muy gustoso esta vez; lo esencial era que el padre de Norina no metiera los pies en las finas telas de araña que el joven se proponía tejer.

Guerbois había salido; los muchachos, aunque protestando fuertemente, fueron acostados.

Unicamente la señora Guerbois debía asistir á la confidencial conversación de Norina y su prometido. Justino se alegró, porque la buena señora, ocupada ordinariamente en los cuidados de su casa, iba y venía muy á menudo, dejando al enamorado Lignón más de una ocasión, para besar la mano ó la mejilla, el cuello ó la muñeca según las circunstancias y el escote del vestido.

Pero las esperanzas de Justino, fueron defraudados. Su futura suegra, cogió una labor fina y complicada, uno de esos trabajos que no se emprenden sino con la seguridad de poderle dedicar algunas horas. Justino no era perito en labores; pero la plácida fisonomía de la señora Guerbois, le hizo temblar; tenía el

aspecto más inmutable que todas las constituciones conocidas hasta el día.

Sin embargo, aproximó su silla á la de Norina; hizo algunas preguntas, obtuvo respuestas mezcladas con sonrisas y reservas, y, envalentonándose, concluyó por aprisionar entre las suyas la mano que no estaba ocupada con aguja.

—¡Señor Lignón!—dijo majestuosamente Eulalia Guerbois.

—¡Señora!—respondió sobresaltado; pero sin soltar su presa.

—Hace mucho tiempo que quería haceros una pequeña observación, titubeaba á causa de circunstancias delicadas; pero la necesidad me obliga.

Justino, atolondrado, miraba á su futura suegra como si la viese por primera vez. Ella continuó con la misma dignidad:

—Habéis adoptado para con mi hija una actitud enteramente imposible de tolerar; consiento en que os aprecie; pero no es una razón para que estéis continuamente á su lado y os permitáis libertades que las costumbres no autorizan, entre personas que no se han de casar sino en fecha muy lejana.

—No comprendo—dijo Lignón con voz muy alterada. Había dejado la mano que sostenía la costura.

—Pues bien, señor mío, voy á explicarme: besáis demasiado á mi hija, os aproximáis demasiado á ella, le cogéis las manos más de lo conveniente; en fin, no me obliguéis á deciros estas cosas que sabéis tan bien como yo.

El golpe iba directo. En efecto, Lignón sabía perfectamente que en sociedad no se obra así con su prometida. Pero la sorpresa fué corta; no era hombre para dejarse quitar los derechos adquiridos, sobre to-

do, cuando se trataba de lo que él más estimaba en el mundo.

—Si sabéis tan bien estas cosas, no comprendo por qué las habéis tolerado hasta ahora.

—He hecho mal—confesó francamente la señora. Esto iba más allá de la inteligencia de Justino.

Nunca se había logrado que la señora de Guerbois confesase ni aun la apariencia de una leve equivocación. Lignón comprendió que la cosa no iba en broma.

—Hablad francamente—dijo;—si tenéis algún motivo para tratarme así, decídmelo.

—El motivo es este; no os casaréis antes de un año; es imposible que durante todo ese tiempo esté mi hija expuesta á los comentarios de las personas delante de las cuales exponéis una pasión tan comprometedora.

—¡Pero desde el momento que somos prometidos!—exclamó el desgraciado.

—¡Entonces, señor mío, respetad á vuestra prometida! Cuidad de su reputación, que tratáis con una indiferencia egoísta. Siento que esta conversación tenga lugar en presencia de mi hija; pero ella es quien debe sufrir las consecuencias de vuestra indiferencia...

—Norina,—dijo Justino, atolondrado—¿os he causado, verdaderamente, alguna pena, algún disgusto? Ya sabéis que os amo más que á mi vida; no seréis vos quien me acusaría injustamente de egoísmo é indiferencia.

—¡Injustamente!—exclamó la señora de Guerbois, —¡espero no iréis á excitar á mi hija contra mí! Mientras no lleve el nombre de su marido, pertenece á sus padres, que son los solos jueces de sus acciones. Le he prohibido el dar pábulo á vuestras ma-

neras inconvenientes, y estoy segura de haberla educado bien, para saber que me obedecerá.

Exasperado Justino, atrajo violentamente hacia sí á Norina, que no se resistía, y la tuvo abrazada mirando á la señora Guerbois con aire de desafío.

—¡Norina, ven aquí!—ordenó la madre.

La joven trató de desasirse, pero él la retuvo.

—No sé lo que quiere decir esto,—repuso Lignón—me buscáis una querrela por motivo que no puedo comprender; pero Norina me ama demasiado para no comprender que me desesperaría si ella siguiese vuestros consejos...

—¡Pues bien!—dijo la señora de Guerbois con un tono más sosegado,—me alegro de conoceros antes del casamiento. Ordinariamente no se saben estas cosas sino demasiado tarde; mostráis vuestro verdadero modo de ser, esto vale cien veces más. No sé lo que dirá mi marido, cuando sepa vuestra conducta; pero dudo que quiera aceptar un yerno como vos.

—¡Norina!—gritó el enamorado con desesperación—Hablad, decid á vuestra madre que nos amamos, que me vuelve loco, que todo esto carece de sentido común.

Norina lloraba, y para sacar el pañuelo del bolsillo se desasíó de los brazos de Lignón y se inclinó hacia el lado de su cuarto.

—Hija mía, déjanos—dijo la señora de Guerbois.

La ingenua se eclipsó súbitamente, y Lignón se encontró solo frente á su temible adversaria.

—No quiero calificar vuestra conducta, caballero—le dijo.—En una circunstancia tan grave sólo el jefe de la familia debe obrar. Como mi marido volverá muy tarde os suplico que os retiréis.

Justino tomó su sombrero.

—Señora, para no merecer vuestros reproches, me veo obligado á obedeceros; pero os declaro que no comprendo nada del disgusto que habéis provocado, y os hago responsable de las consecuencias que pueda tener.

Salió bastante dignamente; pero apenas se halló en la calle, sintió hincharse su corazón, como para estallar, y, apoyándose contra la pared, miró al suelo; le pareció que un inmenso hundimiento del universo entero, devoraba su vida, sus esperanzas, y á Norina misma, que caía en el abismo arrojándole la última mirada de sus ojos puros y tiernos.

—¡Oh, Norina!—dijo amargamente—¡cuántos sufrimientos me costáis!—y dominando las lágrimas que, á su pesar, venían á sus ojos, se encaminó á grandes pasos hacia su solitaria vivienda.

¡De cuán poco dependen las cosas! si hubiese tomado el partido heroico de esperar al señor Guerbois delante de su puerta, todo se hubiese arreglado aquella misma noche.

El empleado de las aguas no se burlaba de la fe jurada. Hubiera tenido lugar una explicación. Eulalia no hubiera sabido como justificar su agresión, y Norina, devuelta á su dichoso prometido, con la condición de que la abrazaría menos á menudo, hubiera caminado, contra su voluntad, por el estrecho camino de las virtudes pobres, en donde abunda más el calzado deteriorado, que las zapatitas de raso.

Cuando el señor Guerbois apareció ante la puerta de su casa, hacía un cuarto de hora que habían dado las doce. Entró, dió su nombre al portero y, llegado arriba, sacó de su bolsillo la llave para no despertar á nadie. Su sorpresa fué grande al ver luz en la habitación de su esposa, que no acostumbraba á esperarle;

mayor aún al verle levantada, y vestida de pies á cabeza.

—¿Qué hay?—no pudo por menos de decir.

—Ha pasado esta noche una cosa muy singular,—respondió con una animación que no era fingida, porque jugaba una carta decisiva.—Lignón ha venido y, á una ligera observación que le hice, respecto á sus modales para con Norina, se ha soliviantado y me ha hecho pasar un mal rato; ¿sabes lo que he creído comprender?

—¡No!—dijo Guerbois á quien le parecía presenciar un sexto acto del drama que acababa de ver.

—¡Pues bien! No te irrites, te lo ruego, amigo mío, me ha parecido que este muchacho estaba muy enamorado de Norina...

—¡Bien se ve!—respondió Guerbois;—¡está loco!

—No tan loco... En fin, no estoy segura de que quiera casarse con ella.

—¡Qué ocurrencial—exclamó el padre con un hermoso movimiento de indignación.

—Cálmate, te lo suplico; le he dicho que la besaba demasiado... ¿te habías apercebido de ello, verdad?

—¡Pst!...—dijo Guerbois,—no he prestado atención. Ciertamente que la besaba, no puedo decir lo contrario; pero te confesaré que no le he dado importancia.

—En fin, la besaba demasiado y estaba siempre junto á ella, cosido á sus faldas; le he rogado que se portase más convenientemente, porque esto podía ser notado, ahora que tenemos más trato...

—¿Qué trato?—preguntó el señor Guerbois, que no se creía tan relacionado.

—Si el señor Duval no tiene intención de cesar en sus visitas puede traernos algunos amigos... ¿Y, ya

ves, que podrán pensar él ó los demás viendo á ese señor conducirse con Norina como lo hace?

—¿Crees que lo haría delante de extraños?

—En cuanto á eso estoy bien segura. Pero eso no sería nada. ¡Si supieras cómo ha tomado Lignón mis observaciones! Se ha irritado y me ha dicho unas cosas!

La conversación fué larga; Eulalia sabía cómo debía presentar la cuestión á su marido; antes que hubiesen dado las tres en su relojito, le había dado pruebas tan concluyentes de las intenciones criminales de Justino que el buen hombre estaba bastante conmovido.

Al día siguiente, después de dos ó tres horas concedidas á un reposo necesario, completó su obra.

Norina compareció. Hábilmente interrogada dio respuestas no menos hábiles, y el padre indeciso concluyó por decirse:

—Pero, en fin, si sus expansiones te eran tan desagradables ¿por qué las sufrías?

—Papá,—repuso la ingenua,—me había asegurado que era deber mío dejarme besar, y yo obedecía. Pero te aseguro que no me gustaba.

¡Oh sincera Norina! ¡He aquí una verdad! ¡Qué dulce emoción siente un alma virginal cuando así puede unir su conveniencia á la verdad!

—¿Por qué lo has aceptado entonces si no lo amabas bastante?—continuó el padre con tono mal humorado.

Norina estuvo sublime.

—Papá, porque no somos ricos; bien sé que no tengo dote, y pensaba que casándome, dejaría de seros una carga; suponía también que de ese modo podría ser útil á mis hermanitos.

Guerbois no sabía que pensar.

—Vamos á ver, bien sabes que no somos ogros; si no te gustaba ese señor, no debías haberlo aceptado para marido, sacrificándote por nosotros.

—No me gustaba, papá.—suspiró la ingenua,—creía que llegaría á gustarme, pero no ha llegado!—añadió encerrando sus lágrimas verdaderas en su pañuelo.

—¡Pues estamos bien!—dijo Guerbois furioso—no podemos casarte á la fuerza...

—Sobre todo si ese señor Lignón no tiene la intención de casarse con ella—insinuó Eulalia.

—No veo más que una cosa,—repuso el empleado tras larga y penosa meditación, durante la cual las dos mujeres tuvieron la prudencia de no cambiar ni una mirada.—Es preciso devolverle su palabra; pero me causa pena, me gustaba ese muchacho; lo creía muy honrado.

—Honrado en los negocios, es posible—deslizó Eulalia;—pero, al lado de una joven, la verdadera honradez hubiese sido conducirse con ella de un modo decente.

—¡Nunca la podremos casar después de una campanada semejante!—exclamó Guerbois rabioso.

—¡No hay que decir eso! ¡es tan joven! y además, amigo mío, vale más que esté soltera que casada contra su voluntad.

—¿Estás bien segura de que no le amas?—repuso el padre mirando á su hija frente á frente.

—¡No puedo sufrirlo!—respondió con una firmeza que no daba lugar á duda.

—Entonces ¡qué diablo!... Nunca podré comprender por qué le has permitido ciertas libertades.

—Me había persuadido él de que era mi deber; te he

dicho, papá,—dijo la prudente Norina, y se retiró. La señora de Guerbois ejecutó un número considerable de variaciones sobre el mismo tema; por fin, Guerbois declaró escribiría al joven Lignón para manifestarle que no habiendo tenido nunca la intención de hacer desgraciada á su hija, consideraba como un deber romper el enlace proyectado, desde el momento que se enteraba que su hija no lo había aceptado sino sacrificándose.

No era esto lo que deseaba la señora de Guerbois; hubiese querido una ruptura basada en las inconsecuencias del pretendiente; pero Guerbois no quiso oír hablar de ello de ningún modo.

—Es preciso decir la verdad,—dijo con un tono que no admitía réplica.—Si devuelvo su palabra á Lignón, es porque Norina afirma que no le ama, y no por otro motivo; que conozca pues la verdadera causa; esto le producirá honda pena, mas no podrá decir que hayamos obrado deslealmente con él.

Escribió la carta en seguida, y Eulalia, temiendo una sorpresa, corrió á llevarla ella misma al correo. Después de esto, Guerbois, cansado, marchó á su despacho, donde no pudo dar pie con bola.

## XIX

La primera impresión de Justino al recibir la carta que destruía sus esperanzas, fué que todo el mundo se había vuelto loco. Solo en posesión de su razón, se encontraba en un extenso manicomio, donde se agitaban seres absurdos, de acciones ilógicas, de discursos incoherentes, que él no podía dirigir.

Leyó por segunda vez la terrible misiva, donde el



estilo del empleado no adornaba la triste verdad con ningún circunloquio, y las palabras «mi hija no os ama» penetraron en su cabeza como un clavo.

¿Era verdad que no le amaba, aquella pérfida ingenua?

¿Por qué entonces, le había mirado con sus divinos ojos, tan dulces, tan llenos de atractivo? ¿Por qué aquellas sonrisas encantadoras? ¿Por qué aquellas palabras discretas que permitían adivinar todo lo que se quisiese? ¿Aquellos súbitos rubores y aquel timbre de la voz impregnado de emoción? Nunca le había dicho una palabra de ternura.

Muchas veces le había preguntado:

—¿Me amáis, verdad?

Siempre le había contestado con una mirada, con una sonrisa, jamás con una palabra.

Sin embargo, cuando juntos habían hecho proyectos para el porvenir, ella había discutido con un tono firme los detalles materiales, las condiciones de la vida.

Tras la violencia del primer choque, mientras que con la cabeza entre las manos trataba de remontarse al principio de sus recuerdos, para darse cuenta de las cosas, se acordó que muchas veces se había sentido inquieto comparando la inmensidad del amor que sentía por Norina con la calma que ella desplegaba en su presencia.

—¡Inocencia! —había dicho al principio.

Y por esto la había amado más; después, á medida que las semanas se sucedían, pensó varias veces que Norina debía haberse dejado vencer por tanta pasión, que, cuando menos, debía haberse turbado; pero no. El rostro encantador se cubría de carmín; los ojos decían cien cosas fugitivas, la boca sonreía con furtiva

expresión; pero el alma no había dejado escapar su secreto.

—¡Esto no quedará como ellos creen! —exclamó Lignón dando un gran puñetazo sobre el escritorio.

Felizmente estaba solo, y su cólera no tuvo eco.

Algunos instantes después se presentó su jefe inmediato, y notando la trastornada fisonomía del muchacho, le dijo que no esperase la hora de cerrar, y que se fuese á tomar un poco el aire, del que parecía tener gran necesidad.

Justino no se lo hizo repetir, cogió su sombrero, y se fué como el hombre que corre tras un ladrón.

¿A dónde iba con aquel paso rápido por el *boulevard du Palais*?

¡A casa de Norina! Iba á hacerse explicar la incalificable conducta de aquellas gentes que lo habían recibido con los brazos abiertos, y que, de pronto, le cerraban las puertas, no solamente del corazón sino de la vida. Les diría lo que pensaba, y sabría si ella, si el ángel de sus sueños, la encarnación de su amor, era un instrumento ó una víctima de esta odiosa maquinación.

Al mismo tiempo aceleraba el paso, hablaba en alta voz y gesticulaba como un condenado.

Alguien lo llamó por su nombre, no prestó atención; una mano se posó sobre su hombro, y él sacudió la importuna presión.

—Vamos á ver, Lignón, —dijo una voz de hombre; —no os desembarazaréis así de mí. O estáis enfermo, ú os sucede una gran desgracia, en ese caso; ¿qué puedo hacer por vos?

Justino miró al que le hablaba con aquel acento de autoridad, mezclado con piedad profunda y reconoció á Edmundo Reyer.

—¿Cómo os encontráis aquí?—le preguntó tambaleándose, como un hombre dormido á quien se despierta de *improviso*.

—Salgo de la audiencia. ¿No sabíais que soy abogado?

—No sabía nada. Dispensadme, tengo mucha prisa.

Quiso esquivarse; pero Edmundo lo detuvo.

—¿A dónde vais?

—A su casa; quiero saber lo que quiere decir esto...

Con la intuición de las almas tiernas y la penetración de los juicios agudos, Reyer adivinó todo.

—¿Ya no os quiere?—dijo suavemente, como si hubiese hablado á un niño enfermo.

—¡Nunca me ha amado!—exclamó el infortunado. Cogió las dos manos de Reyer y las hizo crujir bajo la presión de las suyas.

—¿Pero á vos,—dijo desesperado,—os ama tal vez? ¿Qué os importa? bien podéis decirme lo ahora. ¿Pero ama á alguien?

—No amaré nunca quizá, sino á ella misma—respondió el joven tristemente.

Un carruaje pasaba; lo hizo parar y empujó á Justino que se dejó conducir.

—Vamos á mi casa, estoy casado, encontraréis seguramente en mi mujer una buena consejera, un consuelo acaso, y, sobre todo, mucha piedad por la desgracia que os hiere y que habíamos previsto.

Justino no parecía oirlo. Al cabo de un instante, se pasó la mano por la frente.

—¿Lo habíais previsto? ¿y la señora de Breteuil lo había previsto también? ¿creéis que me perdonarán?...

—¿Quiénes, el señor y la señora de Breteuil? ciertamente.

Justino no dijo nada más hasta el momento en que,

guiado por Reyer, entró en el departamento apacible y perfumado, en que Rosina esperaba á su marido.

Cuando la vió, siempre sonriente y buena, con la faz iluminada por un destello interior, sintió fundirse el montón de hielo que desde hacía tres horas llevaba en el corazón.

—¡Ah! vós,—dijo—tenéis un alma; sabéis amar y sufrir; amar por vos, sufrir por los demás. ¡Pero ella! ella no vale nada; me ha engañado; ¡engañado, traicionado! ¡me ha mentido! No, no ha mentido, ni ama eso. Falsa é hipócrita, su boca no miente jamás, sus ojos son los que mienten.

Se dejó caer en un sillón, y escondiendo sus ojos bajo la compasiva mano de Rosina, lloró al fin.

—Eso no será nada,—dijo suavemente Reyer, que estaba detrás de él;—además ha tenido razón en decirnos que no os amaba; es preferible eso á que se hubiera casado con vos, y luego...

—Es verdad,—dijo Lignón, que buscaba una tabla á que agarrarse.—¡Es noble, por lo menos; es franco!

Mientras se calmaba un poco, Rosina llamó á su marido fuera del alcance del oído de Justino.

—No le déis alegrías inútiles,—dijo—el segundo golpe sería aún mucho más duro.

—¿Qué queréis decir?—dijo Edmundo sorprendido.

—Si lo ha despedido, es que tiene otra boda en planta.

—¿Os parece? ¡Sería demasiado!

—¿Os acordáis de aquel hombre que paseaba á toda la familia el domingo? ¡Aquél debe ser!

Reyer permaneció mudo.

—Eso sería más abominable que lo demás—dijo.

—Ya lo veréis. Mientras tanto, procuremos distraer á este infeliz; pero no le habléis de su ídolo.

—¿No os molesta que lo haya traído?—dijo cariñosamente Reyer, mirándola con dulzura.

—¡Al contrario! Habéis hecho admirablemente! ¡Quién sabe si á estas horas no estaría ya en el fondo del río!—contestó Rosina con una mirada y una sonrisa que la hacían parecerse al ángel del hogar.

Tuvieron hasta la noche, en su compañía, al desgraciado que acababa de recibir tan dura prueba; el pobre estaba destrozado; pero la vida y la razón se hallaban á salvo.

## XX

Sin embargo, nadie se deja degollar sin oponer alguna resistencia.

Al día siguiente, y á cosa de las cinco de la tarde, la señora de Guerbois recibió una carta, en la cual Lignón pedía explicaciones y una entrevista, á solas ó en presencia del resto de la familia.

El pobre muchacho reflejó toda su alma en la misiva; trató, aunque inútilmente, de ocultar bajo fútiles fórmulas de dignidad, el grito desesperado del hombre honrado que se ve ultrajar tan cruelmente.

La señora de Guerbois leyó la carta y se la metió en el bolsillo. Luego ordenó que se hiciera fuego en la chimenea del salón, para recibir dignamente á la visita que debía colmar sus deseos de orgullo y prosperidad.

Luis Duval, que era muy puntual, lo mismo en los actos de comercio que en los puramente familiares, no se hizo esperar.

A las cinco y media apareció afeitado y todo lo

correcto que puede presentarse un hombre sin distinción.

—¿Qué tal?—dijo al entrar.—¿Está ya todo arreglado?

—No tan pronto—contestó sonriente la de Guerbois, invitándole á tomar asiento.

La chimenea desprendía mucho humo, y tuvieron que bajar la plancha para impedir sus molestias; el olor del tufo, unido al frío glacial de aquella habitación, en la cual se entraba muy rara vez, no eran el mejor incentivo para predisponer á la elocuencia. La señora de Guerbois comprendía que si había ganado mucho terreno desde la víspera, no era todo lo preciso para contentar al contratista, por lo que se sentía algo contrariada.

—¿Habéis hablado á vuestro esposo?—preguntó Duval, viendo que no le decían nada.

—No,—repuso valientemente Eulalia;—he hablado á mi hija.

—¡Ah!—exclamó con alegría el ex albañil.—¿Y qué?

—No creo que esté mal dispuesta respecto á vos; pero vos sois quien tenéis que procurar agradarla; cuando obtengamos el consentimiento de mi marido.

—¿Tan difícil es?—preguntó Duval, abriendo mucho los ojos.

—¡Ya lo creo!...

Una idea luminosa cruzó por la imaginación de la señora de Guerbois.

—¿Queréis pedírsela vos mismo?—le dijo con un acento tan convincente, como si acabase de descubrir remedio contra la filoxera.

—¡No deseo otra cosa!—repuso Duval.

—¡Pues bien, hacedlo! pero con una sola condición, sin la cual todo estaría perdido. No le dejéis vislum-